



TIEMPO DE MEMORIA

Manuel Calderón

HASTA EL ÚLTIMO ALIENTO

Puig Antich, un policía olvidado y una guerrilla
contracultural en Barcelona

PREMIO COMILLAS 2024

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2024

© Manuel Calderón, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-430-8
Depósito legal: B. 2.106-2024
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Cincuenta años después	13
Primera parte: La ciudad encantada	
Un martes de comienzos de otoño	21
Sucedió lo que no debió suceder.	29
Lucha armada <i>underground</i>	37
Hedonismo antifranquista.	48
La izquierda que ríe.	56
<i>L'amant diabolique</i>	62
El florista y el peluquero	69
Burgueses, católicos e ilustrados	77
Una moda terrorífica	83
Atraco en el útero materno	88
Las dudas de Salvador	94
Segunda parte: El dios de la violencia	
Un viaje en coche a Barcelona.	107
Miedo es poder	114
Marian (Quesita) y Queso	122
Aquel inolvidable 1973	131
Un desarraigado obrero español	138
Primera sangre	144
Nunca se dejarán coger	153
Vivir (libremente) en el franquismo.	161
El final es el principio	167
«El abuelo está enfermo. Ven»	176

Tercera parte: Los monstruos de la revolución	
Un mundo violento.	187
Maria Schneider en Barcelona.	196
Padre y madre	203
Bruce Lee contra Buñuel.	211
Congreso con ruido de Concorde.	218
Los sueños oníricos de la revolución.	225
Regreso al útero materno.	233
Todo se hunde.	241
El peso de la culpa.	248
Motivos para morir y para seguir viviendo	253

Cuarta parte: Cuando la muerte quiera	
Otoño en El Tardón	265
La defensa en marcha	272
Un personaje de Truffaut.	279
Carta al padre (sin respuesta).	286
<i>ETA m'ba matat</i>	293
El triste otoño del 73	300
El crujido de la madera	308
No queda tiempo.	316
La madre no quiere más muertes.	323
Sin aliento	338
El otro final	347
La última palabra de Dolores.	354
Volver a contarlo todo.	357

Apéndices

Notas	381
Créditos de las fotografías	401

[Fotografías] *[224-225]*

Cincuenta años después

Qué más da empezar a contar esta historia por el principio o por el final, o por cualquier otro momento, si ya lanzada la flecha y volando imparable hacia su objetivo, solo aguardaba la muerte. Si nadie supo verla, porque su fulgor se confunde con la inmortalidad de la juventud, y cuando llega no se espera, y es absurdo el lugar elegido para terminar abatido. Sin un gesto heroico, porque el héroe no tiene más misión que vencer a su propio destino, incumplirlo, y volver a la vida como vuelve la primavera. Nadie pensó que aquella sería la calle, el día, a una hora en que la tarde caía sin sentido, aburrida, un martes, primeros días de otoño, final del verano de 1973.

Nada en Barcelona hacía presagiar que se iba a producir el encuentro de dos jóvenes —el revolucionario y el policía—, con un reparto de papeles que desarrollaría un drama perfecto, como si un guionista hubiese dibujado esa «intocable perfección literaria». La expresión es de Leonardo Sciascia y se refiere al secuestro y muerte de Aldo Moro, como si ese caso ya solo pudiese existir *en literatura*, como si las muertes de Salvador Puig Antich y Francisco Anguas Barragán también estuviesen predestinadas o concebidas de antemano, unidas las dos, y ahora convertidas en un producto de consumo ideológico, de culpa y resentimiento.

Porque todo es ya memoria, porque los hechos ya no deben coincidir con la realidad, sino solo con lo que quere-

mos recordar. La memoria como un digestivo destilado moral: lo que uno recuerda no tiene el mismo valor que lo que el otro —el adversario— recuerda. Aun siendo los mismos hechos. Digamos que ya no interesa lo que sucedió, sino volver a reproducir los papeles, el del revolucionario ajusticiado injustamente y el del policía de una España franquista muerto en acto de servicio —o accidente laboral—, mercedamente.

El autor siciliano cita el relato de Borges «Pierre Menard, autor del *Quijote*» y su intención de volver a escribirlo exactamente igual que el libro de Cervantes y, en concreto, un párrafo (capítulo IX, primera parte): «... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir».

Más de trescientos años después, Menard vuelve a escribir el mismo libro y ese párrafo. Es el mismo, pero ya no es el mismo. Borges nos advierte de que la verdad histórica, para el tal Menard, ya «no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió». Por eso es bueno volver a contar lo que pasó.

El camino está lleno de recuerdos —falsos y verdaderos—, ideas equivocadas, prejuicios, trampas políticas, también mala conciencia, o la «técnica del anacronismo deliberado», dirá Borges. Así que leer de nuevo el sumario de la causa 106-IV-73, hacer que vuelvan a hablar los protagonistas —los que han sobrevivido, los que han querido y los que estaban sepultados por legajos de ideología— de un suceso acaecido hace cincuenta años tal vez sea volver a contar la misma historia, pero sin serlo ya del todo.

Cuando parecía que todo había acabado, que aquel grupo, los del MIL (Movimiento Ibérico de Liberación), enterraría las armas en los senderos de aquella Cerdanya de una infancia libre y sin aprietos, que dejarían los atracos, el riesgo, los alias ridículos que no ocultaban nada y la vida clandestina —pero sin ocultarse del todo—; cuando no había más salida que emprender una vida normal, incluso bohemia, porque unos cuantos jóvenes —no más de diez— no podían acabar

con el capitalismo «en un viejo país ineficiente» —«algo así como España», prosigue el poema «De vita beata», de Gil de Biedma—, incluso a la hora de morir matando, entonces empezó de verdad esta historia.

«Asimismo quiere declarar que una vez rodeado de dichos policías y al oponer resistencia fue golpeado varias veces en la cabeza, cayéndole la sangre por la cabeza y a partir de este momento no puede aportar datos concretos al encontrarse mareado a consecuencia de los golpes recibidos.» Fue la primera declaración de Puig Antich ante el juez en la Prisión Provincial de Hombres de Barcelona, la Modelo, el 28 de octubre de 1973. Dejó de recordar. Entre el sueño y el despertar, solo mediaba un policía muerto tan joven como él.

«Puig Antich siguió ofreciendo resistencia y en el forcejeo y de manera imprevista, extrajo de la parte posterior de su pantalón otra pistola marca Astra de calibre 9 m/m largo, con la que efectuó cuatro disparos, tres de los cuales alcanzaron al inspector Don Francisco-Jesús Anguas Barragán, dos en el tórax y otro en el costado, produciéndole tan graves lesiones que originaron su fallecimiento momentos después...» En el enfrentamiento, el revolucionario recibió dos disparos de la policía, uno en la mandíbula y otro en el hombro. Perdió el conocimiento.

Los dos, Francisco Jesús Anguas Barragán, de veinticuatro años, y Salvador Puig Antich, de veinticinco, fueron trasladados en el mismo coche al hospital Clínico. Uno llegó muerto y el otro vivo. Todavía vivo.

Todo podía haber acabado de modo distinto si Puig Antich hubiera levantado los brazos y se hubiera rendido. Pero, solo él sabía la razón, optó por el peor camino.

Dos muertos, una persona ciega y el suicidio de una madre. Lo demás es pura nada: olvido o memoria. Pero, al final, solo muertos.

Primera parte
La ciudad encantada





Salvador Puig Antich, a los veintitrés años de edad, en el verano de 1971, montado en moto y fumando un puro, el día de la boda de su hermana mayor, Inma. Sentado tras él, Xavier Garriga. Extravertido y alegre, Puig Antich solía ser el centro de atención de sus amigos. Ya había regresado del servicio militar en Ibiza y, después de una etapa de dudas, decidió integrarse en el MIL, con algunos de cuyos miembros ya mantenía contacto.

Un martes de comienzos de otoño

Fue todo muy rápido. No más de dos minutos. Tal vez menos. A las seis de la tarde del 25 de septiembre de 1973, Santiago Soler Amigó, «Petit», tenía una cita con Xavier Garriga Paituví, «el Secretario», para organizar el traslado del primero a Toulouse, después de las detenciones tras el atraco a la Caja de Ahorros de Bellver de Cerdanya diez días antes. Ellos todavía creían que, pese a no vivir clandestinamente —eran los «teóricos» del MIL—, no habían sido identificados. Se equivocaban. A esas alturas, la policía conocía todos los nombres que componían la organización, no más de diez, dónde vivían, o se escondían, y cada una de las «expropiaciones» realizadas, incluso al detalle: botín, nombre de los participantes, armamento, quién conducía el coche para la huida. También sabían que la cita de aquella tarde se iba a realizar. Era cuestión de esperar, y ese momento había llegado.

Cuando Santi Soler llegó al lugar acordado, con el esfuerzo añadido de tener que caminar con un par de muletas, sin haber dormido —después de un largo interrogatorio—, con la mala conciencia de que había traicionado a sus compañeros, y escoltado a distancia por un grupo de policías a los que estaba conduciendo a la cita, en la esquina de Consejo de Ciento con Gerona, se quedó extrañado al ver, además de a Xavier Garriga —ellos dos eran los únicos que no llevaban armas—, a Salvador Puig Antich, «Metge», quien, este sí, iba doblemente armado; extrañado o aterrorizado,

porque era el único que podía imaginar el desenlace fatal de la cita. Y acertó.

Son las 17:40; los inspectores Santiago Bocigas, Francisco Rodríguez y Timoteo Fernández Santórum y los subinspectores Luis Miguel Algar y Francisco Anguas acompañan discretamente a Santiago Soler desde su domicilio, en la calle Caspe, número 47, a tres manzanas, a cuatrocientos cincuenta metros. El inspector Enrique Muñoz, un veterano asignado a este operativo como refuerzo, había estado por la mañana inspeccionando el lugar donde estaba previsto realizar las detenciones. Todo era normal. En el chaflán había un bar, una portería —el número 70 de la calle Gerona— y una tienda de ultramarinos.

Soler espera dentro del bar Funicular, de pie, apoyado en la barra, se toma un refresco y fuma; junto a él está el subinspector Anguas, hojeando una revista —*Barrabás*: un dibujo del entonces presidente del F.C. Barcelona Agustín Montal con la cagada en la cara de un periquito—, vigilándole a corta distancia, como si no le conociese. Su huida era imposible por sus problemas físicos, pero se trataba de evitar que realizase algún gesto que pudiese advertir a sus compañeros de que iban a ser detenidos. Soler sale del bar al ver llegar a Puig Antich y, detrás de él, a Xavier Garriga. No les da tiempo a saludarse, ni a mirarse a los ojos y descubrir que algo raro está pasando.

El inspector Muñoz retiene a Soler, que no tiene posibilidad de moverse; Rodríguez y Algar neutralizan a Garriga sin demasiadas dificultades —no iba armado—, cogiéndolo por el cuello, mientras Santórum y Anguas sujetan a Puig Antich por los brazos y Bocigas se identifica delante de él como policía. No saca la placa o no le da tiempo. Puig Antich no se deja atrapar, intenta huir, inesperadamente, deshaciéndose de los agentes, impidiendo como fuese su detención, pese a no tener salida. Ofrece una resistencia con la que los agentes no contaban: sale corriendo y se cae, le golpean contra la pared, con fuerza, con la culata de una pistola en la cabeza, y con-

siguen introducirlo en el portal, en el número 70 de Gerona, entre el bar Funicular y la tienda de ultramarinos Belén. A Xavier Garriga también lo han metido dentro.

En el interior del portal, de apenas seis metros cuadrados, siguió un violento forcejeo, feroz, no es exagerado decir que a vida o muerte, como demostrará el desenlace final. Allí, Puig Antich se resiste, con aspaviento animal, resoplando. Recibe otro golpe en la cabeza con la culata de una pistola. Tiene la cara ensangrentada. Consiguen quitarle un arma que lleva en el bolsillo de la chaqueta —el peso la delata y su dureza al rozar a un policia—, una Kommer calibre 6,35, y una navaja automática. Siguen los golpes; cae al suelo de espaldas con su cuerpo sobre el del inspector Bocigas, que le intenta sujetar los brazos por detrás para atarle las manos con un cinturón. Los policías creían que la operación iba a ser más fácil y no habían previsto llevar esposas.

Todo podía haber acabado ahí, pero es justo en esa posición cuando Puig Antich saca con la mano derecha de la parte de atrás del pantalón otra pistola, una Astra del 9 mm largo, con la culata dispuesta a ser asida, con una bala ya preparada en la recámara —días después, declararía que era lo que había que hacer para reaccionar más rápido ante cualquier enfrentamiento—, lo que le permitió realizar cuatro disparos, una ráfaga: tres impactan a corta distancia en el cuerpo de Anguas, que muere instantes después. El otro se incrusta en el tercer peldaño de la escalera. ¿Cómo fue posible que con tanta rapidez salieran cuatro proyectiles?

El gatillo de la pistola, al presionarlo, disparaba como una ametralladora. Era un defecto, pero que en ese caso fue muy útil. El arma se la había dado Jordi Solé Sugranyes, y este sabía bien qué es lo que le pasaba a esa Astra. Meses después, en el consejo de guerra, Puig Antich confesó que se la dio Jean-Marc Rouillan, «Sebas». La historia entera del MIL está llena de contradicciones.

Puig Antich recibe dos disparos de Fernández Santórum, en la mandíbula y en el hombro. Extrañamente sobrevive:

con un calibre más grande, una herida en la cara hubiera sido mortal. Estuvieron a punto de rematarlo, pero no lo hicieron. En medio de la confusión, Garriga aprovecha para escapar, pero el inspector Muñoz le pone el pie y cae, y lo mismo hizo el dueño de la tienda.

Se produce un momento de silencio, no se oye ni una queja de dolor. Hay sangre en el suelo y huele a pólvora. Dos hombres yacen inmóviles. Parece que los dos han muerto. Hubiera sido el mejor final, al menos así lo deseará el propio Puig Antich.

Los dos cuerpos son trasladados al hospital Clínico en el mismo coche particular; uno llega con vida y el otro ha muerto en el camino.

A las 18:35, el doctor Ramón Barjau, que estaba de guardia, confirma la muerte de Francisco Anguas («reconocido cadáver, presenta varias heridas por arma de fuego»). El cirujano Javier Piulachs Clapera, al que encomiendan a Puig Antich para que le intervenga de los impactos de bala, firma su parte de ingreso, también a las 18:35: «Conmoción cerebral, herida contusa región occipital, herida penetrante (por arma de fuego) en hombro izdo. Herida penetrante (por arma de fuego) en hemicara izda. con fractura de maxilar».

Pero es un joven residente de veintiocho años, Joaquín Latorre, quien le extrae las dos balas a Francisco Anguas. Todavía hoy no duda de que el policía tenía cinco impactos en el cuerpo, uno de ellos en la pierna. Este hecho servirá para que se mantuviese la duda de si alguien más podría ser responsable de la muerte del policía, incluso sus propios compañeros. Fuego amigo.

En la chaqueta que viste Puig Antich encuentran dos cargadores del 9 mm largo, con ocho y siete cartuchos cada uno. Llevaba en la muñeca una pulsera de metal y un reloj Radiant, que apareció en el suelo ensangrentado del portal. El empleado de la tienda de ultramarinos fregó el suelo, porque así se lo mandó su jefe. El doctor Barjau es el primero en descubrir que el hombre que ha ingresado malherido con el falso nom-

bre de Jean-Pierre Balorme es en realidad Salvador Puig Antich, hermano de Joaquim Puig Antich, con el que había estudiado en La Salle y, después, en la facultad de Medicina. Lo reconoce pese a la herida en la cara, pero la policía ya sabía también quién era. Era el Metge. No hacen nada por localizar a la familia.

En el primer informe policial se afirma que en una operación de funcionarios de la Sexta Brigada de Investigación Social, «con motivo de un servicio montado para la captura de Salvador Puig Antich», al proceder a su detención, «disparó inopinadamente» contra Francisco Anguas Barragán, «el cual resultó muerto en el acto». Creyeron que tras la sustracción de la Kommer, aquel había quedado desarmado, o que dado que no tenía escapatoria, disparar era elegir la peor solución. Fue la que eligió.

La misma tarde, el jefe superior de policía de Barcelona, Sergio Gómez Alba, se dirige al juez de instrucción de guardia, Jaime Amigó de Bonet,¹ para solicitar el traslado del cuerpo de Francisco Anguas a la comisaría de Universidad, en la calle Enrique Granados, esquina Mallorca, para que se le practique allí la autopsia. El magistrado Amigó de Bonet autoriza el traslado.

Al día siguiente, los médicos forenses Gabriel Sánchez Maldonado y Rafael Espinosa Muñoz firman el informe de la autopsia. Concluyen que el motivo «evidente» de la muerte de Francisco Anguas Barragán son «las heridas con orificios de bala, trayectos y orificios de salida torácicos, que han dado lugar a hemorragias pulmonares por heridas de las vísceras, y anemia aguda por hemorragias intratorácicas». En el tercer punto se especifica que «los trayectos de los proyectiles indican que han seguido la dirección de abajo a arriba y de delante a atrás». En el cuarto punto se afirma que los disparos se han realizado a corta distancia y que estos «pueden corresponder al mismo tipo de proyectil». El cuerpo es embalsamado para su traslado a Sevilla, donde había nacido, hacía veinticuatro años.

El primero que relata la historia completa del Movimiento Ibérico de Liberación es Salvador Puig Antich. Lo hace el día 28, cuando Anguas ya ha sido enterrado en el cementerio de San Fernando de Sevilla. Son las cinco y media de la tarde, está ingresado en la habitación 22, quinta planta, del servicio de urgencias del hospital Clínico. El pasillo está custodiado por un nutrido grupo de policías. Sus hermanas no pueden visitararlo: deberán esperar a que ingrese en la Modelo.

Cuenta toda la historia del grupo, desde su participación en el primer atraco, el 21 de octubre de 1972, hasta el último, el 19 de junio de 1973; cómo había conocido a sus miembros, cómo se repartían el dinero, las armas que utilizaban, de dónde procedían estas, los coches empleados, si hacían proclamas políticas al entrar en el banco o dejaban octavillas. Todo lo que pudo contar, o ratificar, lo hizo siguiendo las preguntas de la policía, que conocía desde el principio lo que ellos denominaban «expropiaciones». Incluso habló de la situación «afectiva» por la que atravesaba en ese tiempo. Extrañamente, dice que vive en el paseo de Nuestra Señora del Coll, número 86, en un piso franco. Lo daba todo por perdido. Demasiado tarde.

El día 29, el juez instructor del juzgado número 21 decreta el ingreso en prisión de Puig Antich. No saldrá vivo de allí.

Sumario (dos declaraciones).

Ana Sánchez Escalante, setenta y nueve años, viuda, portera. Natural de Montejaque (Málaga):

Se encontraba dentro del portal sentada cosiendo a la izquierda según se entra, toda vez que una hija suya tiene la portería y a fin de que la declarante no tenga que estar trabajando en casa con los nietos, ocupa la portería de su hija.

Que cuando vio entrar el tropel de varios señores, ya que no puede ni precisar el número de los que entraron, la decla-

rante salió inmediatamente hacia afuera, no pudiendo precisar lo que ocurrió dentro, que solamente desde la calle oyó disparos dentro del portal asustándose mucho y siendo trasladada al bar por el dueño de la tienda de al lado dándole algo para reponerse y que no sabe de qué se trataba. Posteriormente, pasado poco tiempo, subió para su casa acompañada de su nieta no pudiendo precisar si el portal estaba barrido o había sangre, debido al estado en el que se encontraba, sabiendo por referencias, posteriormente, que el que hace los recados de la tienda de al lado fue el que limpió el portal. (Firma con la huella dactilar, 22 de octubre de 1973.)

Antonio Fortes Jaime, cuarenta y seis años, soltero, dependiente. Natural de Surriana (Málaga):

Que acaba de bajar de la escalera de hacer un recado, y al entrar en la tienda, en la misma puerta del colmado vio cómo empezaba la pelea entre una partida de señores, que luego resultaron ser policías y dos detenidos, lo cual comunicó rápidamente al dueño de la tienda, saliendo ambos al exterior y acercándose a los que estaban peleando viendo cómo uno de los señores golpeaba en la cabeza al que parece ser trataban de reducir, con una pistola si bien los demás también lo estaban golpeando con los puños. El dueño del colmado que había salido con el declarante, dirigiéndose a los señores les dijo que no era manera de tratar a una persona, a lo que uno contestó «Somos policías y qué quiere usted que hagamos con unos atracadores». Acto seguido los introdujeron en la portería, entrando el declarante detrás de ellos para entregarles ocho paquetes de Ducados y un ejemplar de la revista *Barrabás*, encontrándose al que luego resultó ser el que más tarde disparó contra la policía, tumbado sobre el primer escalón de la escalera con la cabeza sobre la parte izquierda. A continuación el declarante salió al exterior e inmediatamente salió detrás de él el otro detenido que ha resultado ser Garriga Paituví, al cual le puso la zancadilla el dueño de la tienda, pudiendo ser deteni-

do y nuevamente reducido. Inmediatamente empezaron a oírse disparos sin poder precisar el número y transcurrido poquísimos minutos entró otro policía al portal, e inmediatamente salieron, entrando también el declarante para ayudar a sacar al policía herido y el detenido fue sacado a continuación introduciéndolos ambos en el mismo coche. Una vez concluido el dueño de la tienda le ordenó limpiar la sangre del portal. (22 de octubre de 1973.)